

Algar

COLECCIÓN  
CALCETÍN

# Viernes 13 y otras historias inquietantes

Rosa-Maria  
Colom



La misteriosa historia de  
Carolina Cavalli



## Primer Encuentro

### I

Para situar correctamente los hechos que trastornaron mi vida, es necesario empezar por aquella noche de invierno, en la estación de Sirga. Había dejado de llover y, a pesar de que el frío era intenso y el ambiente muy desagradable, el hábito adquirido de salir a andar por la ciudad iluminada, pesaba más que la pereza de quedarme junto al fuego.

Me divertía contemplar el espectáculo que suponía la partida del tren rebosante de luces; la gente desconocida que pasaba por delante de mí y a la que nunca volvería a ver; la potente locomotora arrastrando la hilera de vagones y permanecer después en el andén hasta que éste quedaba sumergido en la sombra.

Era el 4 de enero de 1985 y acababan de dar las nueve.

Fue precisamente en aquel momento cuando vi por primera vez a la niña del violín.

Sentada en el banco más apartado, bajo los árboles desnudos, pequeña y solitaria, aparentaba no tener más de ocho años. Los pies juntos, dentro de unas botas abrochadas hasta media pierna; las manos dócilmente juntas en el regazo, el aire de sentirse aislada del mundo que la rodeaba.

Quieta igual que en una fotografía.

Su aspecto; la manera de vestir, tan pasada de moda; la impresión que producía de haberse fugado de un viejo orfanato inglés, de venir directamente del pasado, me llamaron la atención. Tenía unos ojos inmensos, de un azul igual que el del mar, y la piel de un blanco como de lencería. «Debe de hacer mucho tiempo que no le da el sol», pensé. El cabello muy rubio, casi blanco, peinado en dos trenzas severas y cortas, sujetas con unos enormes lazos que le quedaban a la altura del cuello y le enmarcaban el rostro. Su vestido me hizo pensar en un vestido de fiesta que hubiera sido arrastrado por el barro. Sin duda era impropio de la hora y de la época del año en que nos encontrábamos.

Sin embargo, no parecía asustada ni tampoco daba muestras de sentir la crudeza del frío.

—¿Qué hace una niña tan pequeña como tú en una estación desierta? —no pude evitar preguntarle—. ¿Esperas a alguien?

—Espero el tren —me contestó con un leve acento italiano.

—¡Pero si el tren acaba de salir hace un momento! —dije señalando las vías desiertas.

—Espero el de mañana por la mañana... Ése se me ha escapado.

—¿El de mañana por la mañana? —no pude ocultar mi sorpresa—. ¿Quieres decir que piensas pasar toda la noche en este banco?

Movió afirmativamente la cabeza y los lazos de sus trenzas se agitaron como dos mariposas negras.

—No será la primera vez —dijo con un cierto recelo.

—No sé si te he entendido bien —su repuesta me había parecido ciertamente curiosa—. ¿Quieres decirme con esto que no es la primera vez que pasas la noche aquí sola?

Se encogió de hombros.

—Todos los lunes hago lo mismo y no pasa nada.

—¿Todos los lunes? ¿Por qué todos los lunes?  
¿Existe algún motivo especial?

—Es mi día de clase —señaló el estuche que estaba a su lado—. La culpa es del profesor.

—¿Del profesor? —repetí tontamente.

—Del profesor de violín... Se le olvida mirar el reloj.

—Entonces cambia de profesor. ¡O de horario!  
El de tarde por el de mañana, pongamos por caso.  
De este modo, si pierdes el tren, te quedarán muchos otros antes de que se haga de noche.

—Hay cosas que no se pueden cambiar —afirmó con una seriedad impropia de sus años.

Ahora, siempre que recuerdo aquel 4 de enero, me doy cuenta de que ella intentaba darme pistas, de que me enviaba señales y de que yo no supe interpretarlas. Estaba demasiado indignado por la dejadez de las personas que creía responsables de aquella situación increíble.

—No hay nada que justifique semejante comportamiento —dije con voz dura—. ¿Dónde están tus padres? ¿No les preocupa que pases las noches de los lunes en un lugar tan frío y desolado como éste?

–Vivo con mi abuelo –contestó con ambigüedad.

–¿Sólo con tu abuelo?

–Sólo.

Me senté a su lado asaltado por pensamientos contradictorios. Por alguna razón que no llegaba a entender, aquella criatura me atraía y, al mismo tiempo, intuía que, si no me apartaba de ella, podía complicarme seriamente la vida.

–¡De ninguna manera puedes quedarte a la intemperie en una noche como ésta! –le dije con tono protector–. ¡Te encontrarían congelada!

Ella contestó:

–Siempre estoy helada. Ya me he acostumbrado a ello.

Poseía la rara habilidad de desconcertar, más propia de una persona adulta que de una niña. Y mi curiosidad aumentó.

–¿Qué hace tu abuelo cuando te espera y ve que no llegas? ¡Debe de asustarse mucho!

–Mi abuelo es mayor... Está un poco desorientado... –me explicó la niña con voz triste.

–¡Motivo de más para no hacerlo sufrir!

–¡Yo no lo hago sufrir! –pareció que mis palabras la molestaban–. Al contrario. Hago todo lo que puedo para que no sufra... aunque él la mayoría de las veces no se da cuenta...

–Si vives sola con tu abuelo y tu abuelo es mayor y si, como me has dicho, está un poco desorientado... entonces, dime, ¿quién cuida de ti? ¿Quién te vigila y te controla?

–Nadie me controla ni me vigila. Yo sé vigilar-me sola –dijo con orgullo.

Se despertó en mí un desconocido instinto de protección.

–No puedo permitirlo. ¡No voy a permitir que te quedes aquí sola hasta mañana por la mañana! ¡Voy a llevarte inmediatamente a tu casa! Deben de haberte dicho mil veces que es peligroso subir al coche de un desconocido, pero no hay otra opción. ¡Eso o llamar a la policía!

Su respuesta me dejó más desconcertado de lo que ya estaba:

–Usted no es ningún desconocido, señor. ¡Yo lo conozco!

A estas alturas de mi carrera literaria sé que no soy un escritor anónimo, lo cual me llena de satisfacción. Mis libros se venden, parece que la gente los lee, las críticas son favorables y mi editor me trata con mucha deferencia. Pero, que una niña como aquella supiera quién era yo... era algo que estaba fuera de toda normalidad.

–¿De qué me conoces, pequeña?

–De verlo.

–¿De verme? ¿Dónde me has visto?

–Paseando por Sirga... con su perra foxterrier blanca y marrón.

–Hace una eternidad que no paseo por Sirga –contesté cada vez más sorprendido–. De hecho, hace una eternidad que ya no vivo en Sirga. Y por lo que se refiere a la pobre Luna, un conductor sin el menor sentido común la atropelló hace muchos años. Tú debías de ser muy pequeña por aquel entonces, no es posible que puedas recordarlo. Seguramente me confundes con otro.

Deseaba que fuera así. De lo contrario, sería demasiado inquietante.

Ella habló desde el recuerdo:

–Usted llevaba siempre una carpeta debajo del brazo y este mismo sombrero negro –dijo señalándolo–. Vivía en el molino y escribía historias de terror. Eso decían.

–La carpeta todavía la tengo. El sombrero no es el mismo. Y aquella casa de ensueño, la Casa del Molino, es como si ya no fuera mía.

Salimos de la estación por una puerta pequeña que daba a una calle lateral. Ella me seguía dócilmente, sin hacerse rogar. Yo me había quitado la bufanda y con ella le había envuelto el cuello. El

coche estaba aparcado allí mismo. Hice sentar a la niña en la parte de atrás y le di una manta de viaje para que se abrigara.

—¿Por qué lo hace?

—¿A qué te refieres? ¿A llevarte a casa o a protegerte del frío?

—A escribir esa clase de historias —dijo saliendo por donde yo menos esperaba.

—Para divertirme. Para asustar a la gente. Para intrigar al lector. Para quitarle el sueño. Y también porque no sé hacer ninguna otra cosa para ganarme la vida. ¿No te parece bien?

—Me parece terriblemente mal, señor. No se puede jugar con los fantasmas, ¿sabe? Pueden despertar y entonces...

—Entonces, ¿qué? —dije riendo de buena gana. Pero ella no reía.

—Puede ocurrir que se sientan perdidos.

Completamente estupefacto por aquella conversación tan extraña, pregunté:

—¿Cuántos años tienes, pequeña?

—La edad no se pregunta... —Me lanzó una mirada severa a través del retrovisor.— La edad es un secreto.

## II

—Aquí ocurrió el accidente —murmuró después de un largo silencio.

Habíamos dejado atrás la cresta de la montaña y nos encontrábamos en la curva más peligrosa y resbaladiza de todo el descenso. Un tramo donde la humedad formaba, en el invierno, una fina capa de hielo, donde los encontronazos, los choques y las vueltas de campana eran muy frecuentes. Turbado por las palabras que la niña acababa de pronunciar, detuve el coche y me volví hacia ella: «¿El accidente?», repetí esperando más información.

Pero mi pregunta quedó flotando en el interior del vehículo, como antes había quedado la que le hice referida a su edad. Me enfadé:

—¿Sabes que eres una niña muy misteriosa y un tanto maligna? ¿Por qué dices «Aquí ocurrió el accidente» y luego, cuando te pregunto de qué accidente me hablas, te haces la sueca? Dime, al menos si tú formaste parte de ese accidente o fuiste, simplemente, una espectadora. ¿Viste, acaso, morir a alguien? ¿Y se puede saber por qué no quieres decirme cuántos años tienes? ¡A tu edad eso no puede ser ningún secreto!

No me contestó y tuve la impresión de que la había asustado. He tenido poco trato con niños y

es posible que me falte un punto de ternura. Le ofrecí galletas de un paquete que llevaba y ella las rechazó con un gesto.

El resto del viaje lo pasó en silencio, abrazada a su violín como si se abrazara a una madre. Y a no ser porque tenía los ojos abiertos, habría pensado que estaba dormida.

De pronto, pareció que tenía prisa. Me rogó que la dejara en la estación del pueblo. Dijo que allí la recogería un vecino que iba de camino. El último tren del día, el que había perdido, estaba detenido en el andén donde proyectaba una sombra alargada.

—¿No quieres que te lleve a tu casa y hable con tu abuelo?

No quería.

—¡Dime al menos dónde vives! Por si vuelvo a Sirga y me apetece visitarte. ¡Si quieres, te contaré algunas de mis historias!

Antes de alejarse, dijo:

—Pensaba que lo había entendido.

### III

En los días que siguieron a nuestro encuentro no pude quitármela del pensamiento e intentaba des-

cifrar cada una de sus frases. «Aquí ocurrió el accidente», había dicho, pero, ¿qué accidente? Cuánto más trataba de entenderlo, más enigmático me parecía todo. «No se puede jugar con los fantasmas. Puede ocurrir que se sientan perdidos.» ¡Qué frase tan extraña y, más aún, en boca de una niña! Yo no jugaba con los fantasmas. Cuando abría el ordenador, no me proponía nunca escribir una historia inquietante. La historia venía sola, simplemente. Y con frecuencia era yo mismo el primer sorprendido. ¡Ella sí que resultaba inquietante con aquella actitud de sutil reserva y aquella manera de hablar tan incomprensible y misteriosa! «Pensaba que lo había entendido.» ¿Qué era lo que tenía que entender? Y la forma tan hábil con que eludió mi pregunta sobre sus padres, sin precisar si los tenía o no: «Vivo con mi abuelo», había dicho únicamente.

Acostumbrado como estaba a hilvanar historias, tracé mentalmente el siguiente esquema:

1. Los padres mueren en un accidente del cual ella sobrevive.
2. Ya huérfana, es recogida por su abuelo, un hombre hosco y esquivo, que no se ocupa de ella en absoluto.
3. Eso hace posible que pueda entrar y salir libremente y que viva a su aire.

4. Las trágicas circunstancias de su vida son la causa de su especial personalidad.

El lunes siguiente, a la misma hora, volví a la estación, pero no vi a la niña por ninguna parte. No estaba en el andén, entre los viajeros que esperaban. No había subido a ningún vagón. Tampoco la vi sentada en el banco, después de la salida del tren. Sentí una decepción que iba más allá de lo normal. Permanecí allí, con la esperanza de verla llegar, hasta que el jefe de estación me rogó que hiciera el favor de salir porque ya era hora de cerrar.

Transcurridas dos semanas, y después de hacer el mismo peregrinaje, decidí preguntar al buen hombre, si había visto a la niña pequeña que, con un violín a cuestas, pasaba las noches en uno de los bancos.

—¡Ni pequeña ni mayor, ni con violín ni sin violín! ¡Le puedo asegurar que en la estación no duermen más que los gatos! —me contestó.

Insistí:

—Ella duerme aquí. Todos los lunes. Se trata de una niña muy extraña. Lleva siempre un estuche negro, con un violín en su interior. Por circunstancias que no vienen al caso, pierde con frecuencia

el último tren y no tiene más remedio que esperar el de la mañana siguiente.

El hombre me miraba incrédulo.

—¿Tiene usted la suerte de que lo veo con mucha frecuencia en los periódicos y sé que su especialidad es poner los pelos de punta a los lectores! Una vez intenté leer uno de sus libros... ¡madre mía, qué imaginación la suya! ¡No pude pegar ojo en toda la noche! ¿De dónde saca usted esas historias?

Me pareció que se trataba de un halago y le sonreí como un idiota.

—Vivo ahí arriba —añadió señalando la parte alta de la estación—, y todas las noches, antes de meterme en la cama, bajo a echar una ojeada por si hubiera alguna novedad. Un día u otro habría visto a esa niña tan extraña de la que me habla. ¡Me habría llamado la atención!

—¿Tampoco la ha visto llegar nunca en el primer tren de la tarde?

—Eso ya es más difícil de asegurar con tanta gente como suele venir, pero yo diría que no.

Decidí llevar a término la investigación desde el punto de partida, o sea desde Sirga. El resultado siguió siendo negativo. Sólo el guardagujas creía recordar a una pequeña violinista relacionada con una tragedia, pero al verme sacar la libreta que

utilizo para anotar las ideas que cazo al vuelo, dudó:

–Pero no puede tratarse de la misma... Hace demasiado tiempo de aquello... –murmuró para sí mismo. Y tuve la sensación de que se me escapaba una información valiosa.